

NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

LA PREPARACIÓN DE LA CONFERENCIA EN LA CUMBRE EUROPEA

Aunque lentamente, no deja de avanzar la pesada máquina económica de la CEE, sin que haya alterado lo más mínimo su pausada marcha el referéndum convocado por el presidente Pompidou con vistas a que Francia, al singularizarse, tuviera posibilidades de llevar la voz cantante en el coro comunitario. El modesto resultado de sólo un 36,11 por 100 de votos afirmativos del cuerpo electoral no permite a los dirigentes galos figurar como representantes de la nación máxime artífice de Europa. De ahí que, uno más en el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores de los Diez reunidos en Luxemburgo a finales de abril, y que volverán a hacerlo el 26 y 27 de mayo, el señor Schumann pusiera manos a la obra de seguir desbrozando el terreno para la Conferencia en la Cumbre de Jefes de Estado o de Gobierno que, se acordó, ha de celebrarse en París del 19 al 21 de octubre próximo.

En realidad, una serie de discretas conversaciones entre ministros de Asuntos Exteriores y altos funcionarios había precedido a la reunión luxemburguesa y ya se sabía que los trámites previstos por el Tratado de Roma para la admisión de nuevos miembros impedían que la «cumbre» se celebrara, como se deseaba, en el primer semestre de 1972. Lo que sí hubo de debatirse en Luxemburgo fueron cuestiones tales como los objetivos perseguidos y, por vía de consecuencia, el orden del día de la Conferencia de París, que señala los siguientes temas: el fortalecimiento de la cooperación económica y monetaria, el desarrollo institucional y la política regional y social. Es decir, que la Conferencia en la Cumbre de París será en primer término reflejo de unas incertidumbres financieras que no han disipado ni las conversaciones Nixon-Pompidou de las Azores ni el compromiso de Wáshington, dado que los Estados Unidos se mantienen firmes en la defensa de sus conveniencias monetarias y no quieren ni oír hablar de la convertibilidad del dólar.

Por consiguiente, se impone incrementar la solidaridad económica y monetaria entre los Diez conforme a las directrices señaladas en propuesta de la Comisión de la CEE y los acuerdos adoptados el pasado febrero por el presidente Pompidou y el canciller Brandt. Ello no pretende decir que todo está zanjado y que la «cumbre» sólo habrá de dar el visto bueno por existir una auténtica voluntad previa y común de activar la perseguida unión. Sin duda, la decisión adoptada por los Seis a finales de marzo de fijar el margen de fluctuación tolerado entre sus monedas en 2,25 por 100, que entró en vigor el 25 de abril, la de crear un fondo de cooperación monetaria y un Comité de coordinación de la política económica son pasos en firme, pero desembocan en el resbaladizo terreno de las divergencias. Todos de acuerdo para unirse en lo económico y monetario, no se imponen de momento las medidas que se adoptarán para pasar de la teoría a la práctica. Así, puede darse por sentado que Francia no vacilará en proponer decisiones altamente enojosas para los Estados Unidos, en tanto que la República Federal no está dispuesta a seguirla por ese camino, toda vez que el apoyo norteamericano es carta de la que no puede prescindir en su partida política con el Este. Por lo tanto, se resistirá a cualquier iniciativa --por muy comunitaria que pretenda ser-- que pueda perjudicar los intereses de los Estados Unidos. Tampoco Gran Bretaña se mostrará dispuesta a chocar con su aliado, criterio que, con mayor o menor ahínco, comparten los demás miembros de la Comunidad, sobre los que se proyecta la sombra de la OTAN, garantía defensiva de una Europa que apenas si ha puesto los cimientos de una defensa común. Por no pertenecer a la OTAN y andar muy confiada en su capacidad militar nacional, Francia enfoca la cuestión desde otro punto de vista. De suerte que sus criterios divergentes se deben en gran parte a circunstancias divergentes.

Ello se echará de ver de abordarse la muy controvertida línea de conducta a adoptar de cara a la Conferencia de Seguridad europea. Afanada por figurar como interlocutora privilegiada de la URSS, de no convertirse en portavoz de Europa, Francia preferirá que cada país salga al escenario para desempeñar su papel nacional, en tanto que alemanes y británicos insisten por que se adopte una postura común, expresión de la CEE a la que Moscú ha reconocido. Pero esto supone un esbozo de unión política y Francia sustenta que sólo se alcanzará ésta dando un largo rodeo por el camino de la cooperación económica y monetaria.

Con todo, por lo pronto será preciso superar en París la fase actual de

transición, lo que implica decisiones que tal vez incidan en la soberanía nacional por requerir la transferencia de determinados poderes a una dirección común de las cuestiones económicas. Es decir, que se tropezará con el fondo del problema, que es político. Y ahí está la dificultad soslayada durante años y años, la que pondrán de manifiesto discrepancias que se derivan del propósito de defender en primer término el interés nacional en un marco que, como el de la CEE, no es por definición nacional. Pero, incansablemente, el presidente Pompidou insiste en la «Europa de las naciones». En su viaje a Luxemburgo a primeros de mayo, fue éste el tema preferente de sus discursos, viniera o no a cuenta tal insistencia, que tiene visos de programa. En todo caso, es clara señal de que en París no soltará prenda alguna susceptible de convertir el mecanismo institucional en clave de la construcción de Europa, como pretende la República Federal. En cuanto a Gran Bretaña, aun antes de ingresar de hecho en la Comunidad —habrá de esperar a 1973, junto con los otros tres nuevos miembros—, ya se inclina por una evolución del sistema institucional, siempre y cuando no se roce siquiera la supranacionalidad, con lo cual Francia no está sola en su empeño de nadar en las aguas comunitarias guardando la ropa nacional.

Es decir, que la Conferencia en la Cumbre de París, debido a la unanimidad que se requiere para adoptar decisiones, desembocará posiblemente, después de muchas discusiones, en buenas componendas o soluciones a medias en lo que atañe al desarrollo institucional, o sea, el lanzamiento de la tan ponderada y confusamente definida Europa, que cada país se esfuerza por construir a su estilo. No será acaso muy aventurado adelantar que la cumbre parisiense por muy espectacular que resulte, no pasará de ser el parto de los montes, si bien cabe presumir que el ratón de lo económico y monetario no saldrá malparado e incluso fuerte, sano y dispuesto a dar mucho juego.

LA POSTURA FRANCESA ANTE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

El fausto del recibimiento dispensado el 19 de junio a la reina Juliana en visita a París, y posteriormente en Alsacia, no ha conseguido disimular las notables divergencias de criterio existentes entre Francia y los Países Bajos sobre la construcción de Europa, o sea, qué realidad concreta habrá de

surgir en su día, después de tantos años de darle toques al vocablo y al confuso concepto. Tal evidenciaban ya las declaraciones del ministro holandés de Asuntos Exteriores, Schmelzer, a raíz de las conversaciones celebradas el 2 de mayo con su colega francés. Otro tanto podría decirse con motivo de la visita que a mediados de mayo hizo la reina Isabel II al país vecino, toda vez que, pese a las cautelas para no incomodar al presidente Pompidou, Heath se había adherido a la tesis belga, coincidente con la de Luxemburgo y los Países Bajos, en las conversaciones mantenidas con el presidente Eykens y el ministro de Asuntos Exteriores Pierre Harmel.

En realidad, en razón del papel meramente representativo y simbólico que ambas soberanas desempeñan en sus respectivos países, sus viajes a Francia no podían modificar un planteamiento de la cuestión que, en el caso concreto de los Países Bajos, campeones del supranacionalismo, viene de lejos, desde la firma del Tratado de Roma, cuya vertiente política se les impuso, aparte de una interpretación preferentemente comercial y administrativa, a la que Francia se atiene en la práctica. De ahí la ambigüedad de la visita de la reina Juliana durante la que, pese a la cordialidad y las buenas maneras, no cesó de sonar la disonante música de fondo titulada Europa, una Europa que fue tema de los discursos pronunciados en la cena de gala ofrecida por el presidente galo. A las claras, la soberana dijo que Europa había de ser supranacional, si bien, por discreta cortesía, no pronunció la «nefanda» palabra, sustituyéndola por la de «integración». Ello ponía de manifiesto cuán acertado había estado días antes el presidente Pompidou al declarar ante la televisión holandesa que «no se estaba de acuerdo en casi nada». Porque la supranacionalidad o integración es precisamente aquello a que se resiste Francia, lo mismo con el actual presidente que con el general De Gaulle, por estimarlo, no sin fundamento, insoportable artilugio de tecnócratas. En cambio, apunta a una Europa de «las patrias» o «los Estados» que, andando el tiempo, desembocaría en una Confederación que se mantendría a salvo de la disolución debido al cimiento económico y también de la Federación, a la que no escapó la Confederación Helvética, en razón de personalidades nacionales muy modeladas por la Historia.

Con tenacidad similar a la de Francia y diversos matices, se oponen a esta solución de término medio los otros signatarios del Tratado de Roma, singularmente los países del Benelux, piedra angular de la CEE, que pueden apuntarse el tanto de haber incluido en sus filas a Gran Bretaña, sobre

todo en lo que atañe a las relaciones de la Comunidad con los Estados Unidos, extremo éste de importancia a pocos meses vista de la gran negociación europeo-norteamericana sobre el comercio. Ni los miembros del Benelux, ni Italia, ni en particular la República Federal, tienen intenciones de distanciarse de los Estados Unidos. Tampoco Gran Bretaña. Porque la afirmación de que en el encuentro Nixon-Heath de 20 y 21 de diciembre pasado Gran Bretaña había roto sus «lazos especiales» con su viejo aliado, no se fundamenta en ningún texto, comunicado o declaración. De hecho, todo sugiere que Bretaña, sin apuntar a ser en la CEE ese caballo de Troya que denunciaba el general De Gaulle, pondrá todo su empeño, lo mismo que la República Federal, para que Europa no deje de ser «atlántica», entre otros motivos, porque hasta que surta efectos la proyectada Conferencia de Seguridad, Estados Unidos garantizan la paz en el viejo continente y son la baza más importante de la Alianza Atlántica, a cuya sombra ha podido prosperar la CEE, que, hasta hace poco, suscitaba la inquina de la URSS.

En cambio, Francia parece —y en realidad está— muy preocupada de mantener su independencia y su papel de interlocutor privilegiado de la URSS. Es una postura contrapuesta al deseo de la República Federal de adoptar frente a aquélla una posición común expresada en una institución de la CEE. Es lo que rehúye Francia, celosa de ir a su aire, y que teme que las decisiones comunitarias le corten los vuelos a su libertad de acción y a su política comercial atraída por el vasto mercado de la URSS, del que tantas bienandanzas espera en el marco de la Gran Comisión franco-soviética que, por cierto, estuvo reunida en París cuando la reina Juliana visitaba la capital. De suerte que, entusiasta de la integración si se trata del mercado común agrícola, que la favorece, Francia no despliega el mismo celo para alcanzar otras metas, por ejemplo, la unión económica y monetaria que, de entrada, plantea el problema de criterios opuestos en lo monetario, aun cuando ella misma las señaló, o bien para celebrar esa reunión en la cumbre de los Diez, convocada por el presidente Pompidou.

Es que abordar decididamente las cuestiones que se pretende abordar es dar un paso por la resbaladiza pendiente que lleva de la teoría a una práctica tendente a convertir la Comunidad en sujeto de política mundial. A tal objetivo apunta la creación del Secretariado político propuesto por Bonn, nueva ocasión de dimes y diretes, no sólo en cuanto a la ubicación de ese Secretariado, sino a su misión. Simple «central telefónica» o «centro

de documentación», según el presidente Pompidou, que barruntó el riesgo de concederle categoría institucional, es, para los demás países, un organismo destinado a integrar más estrechamente la economía y la política comunitaria, hasta ahora sólo vagamente presente en la Comisión Ejecutiva merced a los esfuerzos que durante años hizo el presidente Rey. Es decir, que el horno comunitario no está para el bollo de una reunión de los Diez, propugnada por el presidente Pompidou, cierto que antes del insólito referéndum del 23 de abril, cuyo resultado no permite a Francia arrojarse en el pueblo francés y pisar fuerte. Sólo le cabe enfrentarse a cuerpo descubierto con los demás miembros de la CEE. Lo prudente parece ser no presentar batalla, pese a la afirmación de que en el Consejo de Ministros del 21 de junio no se ha previsto un aplazamiento. En realidad, la cumbre de los Diez no debería celebrarse en octubre, a menos de que el encuentro bilateral franco-alemán de los 3 y 4 de julio y el posterior encuentro franco-italiano permitan hallar un terreno básico de entendimiento para que los miembros efectivos y virtuales de la CEE puedan seguir avanzando por un camino que no conduce a una meta común.

FRANCIA Y LA EXPERIENCIA CANADIENSE

Las dificultades surgidas para la celebración en octubre de la Conferencia de los Diez sitúan en un primer término la cuestión del Secretariado político. En realidad, lo que actúa entre bastidores a modo de insuperable barrera, es la relación entre los Estados Unidos y la Comunidad Europea, que, en criterio de cinco de sus miembros, ha de desenvolverse «en un marco de cooperación más amplio, de una dimensión atlántica e incluso mundial», como dijera en Estrasburgo la reina Juliana, convertida en portavoz de esos cinco, aparte de estimar que «Europa no tiene el monopolio de los valores. Los comparte con el mundo occidental», es decir, con los Estados Unidos. Pueden abrigarse serias dudas sobre la capacidad dialéctica de la soberana de los Países Bajos para que Francia reconsidere su empecinada oposición a «atlantizar» la CEE y su voluntad de construir una «Europa europea». Sería superficial y hasta necia estimación de esa postura cargarla exclusivamente en la cuenta de un quisquilloso nacionalismo o un tradicional afán de libertad, aunque estos ingredientes figuren en el guiso europeísta que Francia se afana tenazmente en aderezar. Su negativa a

pasar por el aro del «atlantismo» se apoya en hechos que son otras tantas razones para explicar sus recelos, y hasta para justificarlos, de no avenirse a una eventual «soberanía limitada» por el atajo de lo económico.

Porque aparte de esa irradiación de poder norteamericano al sur del río Grande—aplicación práctica del «destino manifiesto»—, que ha gravitado y aún gravita sobre Hispanoamérica, está Canadá. Si bien en 1763 Canadá excusó la invitación de Thomas Jefferson a asociarse a la Confederación, las circunstancias lo han llevado a estar tan estrechamente vinculado a su vecino en lo económico, lo estratégico y lo cultural que en ocasiones ha declarado en peligro su identidad nacional. Es el peligro que Ottawa trató de evitar manteniendo sus lazos con Londres hasta la Conferencia Imperial de 1926, que reconoció la soberanía de Canadá, confirmada por el Estatuto de Westminster.

Si la primera guerra mundial convirtió a Canadá en nación soberana, la segunda ha hecho de este país una potencia a tomar en cuenta en razón de su crecimiento económico. La contrapartida es una progresiva integración de Canadá a los Estados Unidos, que en 1970 absorbieron el 65 por 100 de sus exportaciones, en tanto que el 72 por 100 de las importaciones canadienses procedían de aquel país. En cuanto a las inversiones extranjeras, pertenecen en un 82 por 100 a norteamericanos, que dominan el 90 por 100 de la industria del automóvil, las explotaciones de petróleo y de gas natural, entre otras. Sin duda, Canadá controla jurídicamente los 34.000 millones de dólares de inversiones norteamericanas, sin parangón en país alguno, que fomentan su desarrollo y son clave de un producto nacional bruto de 100.000 millones de dólares en 1971, extremos que permiten a Canadá afirmarse en el mundo. La sombra de esas cifras deslumbrantes es que Canadá resulta singularmente sensible a las oscilaciones de la economía norteamericana. Tal se hizo patente en agosto de 1971, cuando el presidente Nixon, sin previo aviso a Ottawa, adoptó medidas para reducir el déficit de la balanza comercial de su país. Y, lo mismo que Japón, Canadá hubo de sufrir las consecuencias de la sobretasa del 10 por 100 aplicada a sus exportaciones. Quedó suprimida en diciembre del mismo año, pero no se ha disipado la duda de si Canadá es una unidad económica independiente o un apéndice económico de los Estados Unidos que, caso de convenirle, atentaría en lo político—como se hizo en lo económico— a los intereses de ese vecino, con el que tiene 8.000 kilómetros de fronteras.

La duda no es nueva. Ya en 1948 Canadá se negó a formar parte de la

Organización de Estados Americanos por estimarla destinada a asentar la hegemonía norteamericana en el hemisferio, y en 1962 la divergencia de intereses en Cuba y Vietnam dio cuerpo a un vago deseo de despeque. La llegada al poder de Trudeau, en 1968, ha concretado la tendencia canadiense a diversificar sus relaciones exteriores para contrarrestar la influencia de los Estados Unidos. Paralelamente fueron evolucionando las vinculaciones militares entre los dos vecinos. De la integración de las fuerzas aéreas canadienses y norteamericanas en la NORAD, que implicó a Canadá en la crisis de Cuba, se pasó al desmantelamiento en territorio canadiense de un común sistema defensivo nuclear. Así quedó reducida la importancia del NORAD, logrando Canadá el control casi exclusivo de sus fuerzas armadas, o sea, una situación intermedia entre estar y no estar en la OTAN.

En cambio, son menos positivos los resultados alcanzados por Ottawa para neutralizar el impacto cultural norteamericano, que modifica la mentalidad de los canadienses, dado que la cuestión tiene un importante trasfondo comercial o económico, meollo del complejo problema de las relaciones entre los dos países. Por lo demás, pese a los esfuerzos por zafarse de la prepotencia de los Estados Unidos en el hemisferio, Canadá no puede prescindir de esa baza, que se ha hecho fundamental para su desarrollo y existencia. Pueden acentuarse las divergencias y surgir tirantezas, pero quedará en pie la interdependencia. Si los Estados Unidos hipotecan un tanto la libertad de acción de Canadá, éste necesita vitalmente el mercado norteamericano y sin las inversiones de su vecino, que ya en 1925 superaban las de Gran Bretaña, estaría menos desarrollado y por tanto tendría menos posibilidades de satisfacer un deseo de afirmación ante el mundo, que en ocasiones ha llevado a Ottawa a adoptar posturas políticas radicalmente contrarias a las de Washington, sin que ello alterase lo más mínimo el hecho de que las relaciones entre Canadá y los Estados Unidos están ampliamente condicionadas por un contexto económico que no se puede modificar. No parece que ningún país esté dispuesto a adoptar la solución extrema de Sansón, sepultándose con los aborrecidos filisteos bajo las ruinas del templo cuyas columnas derribó.

Las cuantiosas inversiones norteamericanas en el ámbito de la CEE, la tendencia a crear allí múltiples filiales o hacerse con empresas europeas en dificultad, junto con el evidente peso militar de los Estados Unidos en Europa, que se «americaniza» a ojos vistas, son circunstancias que a la larga podrían llevar el viejo continente a un destino similar al de Canadá. Es lógico

que Francia, país con larga historia y tradición de independencia—como otros países europeos—, considerando la suerte corrida por las barbas canadienses, pretenda defender las suyas como gato panza arriba.

EL ACUERDO TRIPARTITO SOBRE BERLÍN

Parece ser que al estampar su firma en el acuerdo tripartito sobre Berlín el secretario de Estado norteamericano dijo: «En la firma de este acuerdo no hay perdedores; sólo hay ganadores.» A menos que dijera: «Después de la firma de este acuerdo no hay vencedores ni vencidos.» El caso es que las agencias informativas discrepan en cuanto a los términos exactos en los que se expresó William Rogers. No tiene importancia, dado que ambas versiones coinciden en reflejar la satisfacción de los Estados Unidos por haberse hallado solución a una de las más enconadas dificultades existentes en la posguerra. Sin embargo, al margen del natural alivio de los aliados occidentales después de sacarse la espina berlinesa, queda un tanto en entredicho la afirmación de que «sólo hay ganadores» o de que «no hay vencedores ni vencidos». Conseguir que realmente fuera así rebasaba la humana capacidad negociadora en razón de la forma en que los aliados en la segunda guerra mundial plantearon el problema. Lo hicieron con tan desoladora imprevisión que mientras la URSS pudo hacer mangas y capirotos en su zona de ocupación, el llamado Berlín-Este, actualmente integrado en la República Democrática, conservó la posibilidad de intervenir en todo acuerdo sobre Berlín-Oeste. Por lo demás, las complejidades del Estatuto de Berlín, que sólo rezó de hecho para Berlín-Oeste, ha dado lugar a que se enfrentasen tres tesis: la de la URSS y la República Democrática, piando a la una, según la cual Berlín, mejor dicho, Berlín-Oeste, era una entidad política distinta de la República Federal; la de los tres aliados occidentales, acordes en la defensa de sus derechos y en una vinculación del territorio que supervisaban con Bonn, y, finalmente, la tesis de la interesada en primer término en la cuestión, o sea, la República Federal.

Por desgracia para ella, su tesis, más o menos explícita, de que el Berlín recortado por la tijera soviética era parte de su territorio, algo así como un undécimo *land*, no sólo originaba clamores de ira en el campo socialista, sino que tropezó con reservas expresas de sus aliados occidentales, nada dispuestos, en particular Francia, a seguirla por ese camino.

De nada sirvió que el artículo 23 de la Ley Federal de 1949 diera por sentado que Berlín era un territorio de la República Federal. Es más, al pretender redondear la afirmación en la Constitución de Berlín de 1950, los occidentales suspendieron la validez del artículo 23. Para ellos, el Berlín en el que estaban presentes era un territorio dotado de un Estatuto particular, vinculado a la República Federal ciertamente, pero dependiente de la autoridad de las tres potencias. No obstante, éstas cerraban los ojos sobre los lazos cada vez más estrechos entre Berlín-Oeste y Bonn, incluso cuando Bonn acordaba la celebración en la ex capital del Reich de reuniones parlamentarias, de conferencias gubernamentales y hasta la elección de presidentes de la República, pese a las protestas de Moscú y Pankow. De todos modos, la ambigüedad de la postura occidental, adoptada por motivos políticos, no tenía aval jurídico. En el Convenio entre la República Federal y las tres potencias occidentales, de 26 de mayo de 1952, Berlín aparece reiteradamente vinculado a la República Federal, pero como algo distinto a ésta. La tesis occidental, de otra parte, ha venido teniendo el refrendo de determinados hechos: por ejemplo, los jóvenes berlineses estaban exentos del servicio militar y los diputados de Berlín no gozan en el *Bundestag* de los mismos derechos que sus colegas de Westfalia, Baviera o cualquier otro *land*.

Con todo, contra los vientos y mareas de bloqueos, cortes de comunicación, crisis, amagos de crisis y otras maniobras de la URSS para desprender Berlín-Oeste del árbol federal y convertirlo en «ciudad libre y soberana», los occidentales se han aferrado a mantener unos derechos derivados del Estatuto particular, pero apuntando siempre a mejorar las condiciones de vida y comunicación de Berlín-Oeste con la República Federal y, de ser posible, con Berlín-Este. Ha sido la apertura al Este del canciller Brandt la que ha permitido poner en marcha el complicado mecanismo de unas negociaciones que han desembocado en el Acuerdo firmado el 3 de junio, que, en definitiva, no deroga rotundamente el Estatuto particular, si bien garantiza el principio de la vinculación con la República Federal, a un tiempo que las negociaciones entre las dos Alemanias mejoran la comunicación entre los dos Berlines, que siguen divididos. Es decir, que la URSS y su aliada germana se han avenido a admitir que Berlín-Oeste no es una entidad política distinta de la República Federal. Esta, por su parte, ha aceptado que el Berlín que le corresponde no sea un *land* semejante a los diez que constituyen su territorio. Por lo tanto, son los aliados occidentales quienes han dado menos su brazo a torcer. No equivale a proclamarlos «ganadores» o

«vencedores» en la larga pugna, habida cuenta del contexto en que se ha suscrito el acuerdo cuatripartito.

En efecto, aunque nada desdeñable en sí, adquiere singular importancia al convertir en inminente la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, por cuya celebración la URSS ha derrochado ingenio y tesón hasta convencer al mundo occidental de su conveniencia y provechosos resultados. Al supeditarla los occidentales a la solución de la cuestión berlinesa, han conseguido que la URSS cediera en algunos puntos. Eran secundarios. En lo fundamental no ha cedido nada. De hecho, con el Acuerdo suscrito sobre Berlín, lo mismo que con los Tratados con Bonn, se ha confirmado un *statu quo* que consolida las posiciones soviéticas y unas zonas de influencia que sitúan sus fronteras virtuales en el corazón de Europa central. Es una situación que de puro existir desde hace muchos años se ha convertido en costumbre. De ahí que no altere los ánimos. Pero el reconocimiento formal de esa situación provoca una estabilización que beneficia a la URSS por hacer posible un incremento de la cooperación tecnológica y económica que necesita para resolver su problema de desarrollo, sin por ello mermar su libertad de acción en otras áreas que las europeas. Tal puede deducirse del esfuerzo soviético para aumentar su potencia militar convencional y los pasos dados en otras direcciones. En el marco de una estrategia global, que implica objetivos a largo plazo, acaso le corresponda a Europa occidental, de no ensamblarse sólidamente en una comunidad de destino, desempeñar un papel un tanto marginal, una vez arropada en una seguridad que la Unión Soviética se esforzará en garantizar en la Conferencia europea. Lo hará tanto más cuanto que se conservará la posibilidad de echarla a pique, ya que esa Conferencia no modificará el hecho de una comunidad comunista, por más que el término bloque se borre del léxico político.

EL PODER NAVAL SOVIÉTICO

Desde que, candidato a la presidencia, John Kennedy declaró que los Estados Unidos sufrían con relación a la URSS un grave retraso en materia de capacidad nuclear, de cuando en cuando se oyen voces de alarma. Pero el *missil gap*, que, según parece, era en 1960 un truco electoral para desprestigiar a la Administración republicana, al pasar del tiempo se va convirtiendo en realidad en lo que respecta al poder naval. Tal ha afirmado hace

poco el vicealmirante sir Hugh Mackenzie, que ha dirigido durante años el programa de construcción de submarinos atómicos para la escuadra de Gran Bretaña. No es el primero en atraer la atención sobre este aspecto del potencial bélico de la URSS, evidenciado además por la constante ampliación de zonas en las que hace acto de presencia la flota de guerra soviética. Lo mismo puede decirse de su flota mercante y pesquera. Esta última no se limita a pescar: realiza trabajos de exploración, indispensables para la navegación submarina. Por lo tanto, esta flota pesquera, la mayor del mundo y once veces la de los Estados Unidos, ha de considerarse parte integrante del creciente poder naval soviético, junto con una flota mercante que de 1.800.000 toneladas de desplazamiento en 1950 superó los 15 millones de toneladas en 1971, con un ritmo de crecimiento superior al de los Estados Unidos.

Sin embargo, afirmarse como gran potencia en los mares es una preocupación relativamente reciente de la URSS. Surgió unos años después de la segunda guerra mundial, en forma más teórica que práctica, toda vez que hasta mediada la década de los cincuenta su acción política, militar y económica, que coordina una estrategia total, se limitaba a Europa y países aledaños. Pero al establecer una estrategia a escala mundial hubo de contar con medios para aplicarla, es decir, con un poder naval. Manteniendo el iniciado esfuerzo para desarrollar las flotas mercante y pesquera, el mariscal Yukov, entonces ministro de Defensa, preparó en 1956 un plan de modernización y ampliación de la flota de guerra, en el que se prestaba singular atención a los submarinos. De lo planeado a lo realizado hubo un trecho. Hasta la crisis de Cuba, en 1962, no se le impuso a la URSS en forma imperativa que una política que rebasaba su ámbito geográfico precisaba un apoyo naval. Según sir Hugh, hay en la actualidad 150 buques de guerra soviéticos que navegan constantemente por mares y océanos. Hace diez años, apenas si la URSS podía sacar 20 unidades fuera de sus aguas territoriales. Exponente de este poder naval fueron las maniobras denominadas «Okean», de la primavera de 1970, ejercicio a escala mundial que se efectuó desde el golfo de Méjico al mar del Norte y el Mediterráneo, con participación de 200 buques. Sólo representaban parte de la que hoy en día es la segunda marina de guerra del mundo, con un desplazamiento de 1.500.000 toneladas y tripulada por unos 500.000 hombres. De ahí la alarma de sir Hugh, pues tal dispositivo naval es susceptible de cortar la comunicación entre las fuerzas de la OTAN en Europa y las bases norteamericanas.

Similar inquietud reflejaba el secretario de la Defensa norteamericana, Melvin Laird, al solicitar, en el pasado septiembre, un cuantioso aumento del presupuesto militar. Entonces hizo hincapié en la puesta en servicio por la URSS de submarinos portamisiles, que incrementaban una flota submarina de 385 unidades con propulsión clásica o atómica. Agregó que, a ese paso, la marina de guerra soviética superaría en 1975 a la norteamericana. De hecho, en determinados tipos de barcos de superficie la *U. S. Navy* está detrás de la flota soviética, más moderna por haberse construido en su casi totalidad desde 1960. En cambio, los Estados Unidos tienen 16 portaaviones, de los que carece la URSS, que duda de su eficacia para el dominio de los mares y prefiere el submarino portamisiles, con apoyo de pequeñas unidades de superficie sumamente rápidas. De otra parte, en materia de tropas de desembarco es manifiesta la inferioridad soviética, pero el plan de desarrollo puesto en marcha con los países del Pacto de Varsovia muestra que la Unión Soviética se afana por la total superioridad naval.

Más que en razón de «sus responsabilidades en el mundo», como declaró Gromyko en 1968 ante el Soviet Supremo, ese propósito se deriva de una estrategia mundial, extremo éste que se evidencia de seguir la estela de la escuadra soviética. Así, ampliando la ya antigua actividad marítima de la URSS en los mares de Japón, China y Filipinas, son de señalar las maniobras de 1968 y 1969 en el Atlántico Norte, el Báltico y el mar de Noruega, efectuadas ante las barbas de los países de la OTAN. Llovía sobre mojado, porque desde junio de 1967 unidades de la flota del mar Negro surcaban el Mediterráneo, hasta tanto coto de la VI Flota norteamericana. De otra parte, no bien los británicos anunciaron su retirada al Este del canal de Suez, los buques soviéticos empezaron a brujulear por el océano Indico, procedentes de Vladivostok y del Báltico. Navegaban sobre seguro. Desde 1964, la flota pesquera venía tanteando puertos y ánimos. La firma del Tratado soviético-indio, en agosto de 1971, y la posterior ayuda para crear Bangla Desh aseguran la permanencia soviética en el Indico y el golfo de Bengala, lo cual implica el control del golfo Pérsico, control que confirma el Tratado firmado con Iraq en el mes de abril, ello por muchas islas que Irán ocupe en el estrecho de Ormuz. Es decir, que la URSS ha relevado a Gran Bretaña en el Este asiático y Oriente Medio. Que se dispone a relevar a los Estados Unidos en el Sureste asiático y Pacífico oriental lo sugiere los pasos dados en dirección a Japón y Filipinas. Con ello se logran dos objetivos de la estrategia soviética: convertir en realidad el

viejo sueño zarista de Rusia presente en la India y ponerle cerco a China Popular.

Para rematar la maniobra falta conseguir la reapertura del canal de Suez, cuya libertad de paso ha de combinarse con facilidades para cruzar los estrechos que custodia Turquía. El viaje de un almibarado presidente Podgorny a ese país en el pasado abril pregona que, desistiendo de pedir la revisión de la Convención de Montreux, como hiciera en 1945, Moscú se esfuerza por mejorar sus relaciones con Ankara, evitando así que parte de su flota pueda estar encajonada en el mar Negro. Porque los estrechos han de tomarse muy en cuenta para navegar en son de paz y no suscitar protestas, como la de Indonesia. No hay que descuidar detalle para poner metódicamente en práctica un proyecto a largo plazo de expansión marítima que abarca la totalidad de los mares. Pedro el Grande decía que «el país que sólo dispone de Ejército no tiene más que un brazo. El que puede agregarle una flota, tiene dos». Cabe temer que la URSS tenga esos dos brazos, con los que pretende abrazar—o estrangular—el mundo.

LA POLÍTICA PETROLÍFERA DE LOS PAÍSES ÁRABES

La decisión adoptada el 1 de junio por el Gobierno de Bagdad de nacionalizar la *Irak Petroleum Company* no es el primer disgusto que, de un tiempo a esta parte, se llevan las sociedades petrolíferas y, por vía de consecuencia, los países europeos, tributarios en un 85 por 100 de su consumo de petróleo de los países del golfo Pérsico y del Mediterráneo. En realidad, el origen de esos disgustos está en la creación en 1960, por Venezuela, Kuwait y Arabia Saudita, de la Organización de Países Productores de Petróleo, la OPEP. Entonces se abrió el banderín de enganche para futuras batallas a dar en orden cerrado. Actualmente una docena de países integran esa Organización internacional, que representa el 50 por 100 del consumo mundial y aparece como único interlocutor frente a las sociedades petroleras, lo cual no excluye la constitución de asociaciones regionales; así la del Congreso Árabe del Petróleo, que se reunió por octava vez en Argel a primeros de junio. Después de aprobar por unanimidad la decisión iraquí, oyó al jeque El Takin, asesor de los árabes en materia de petróleo, que preconizó una estrategia global para nacionalizar este precioso recurso, lo que signifi-

ca, en primer término, que son los países productores los que deciden el ritmo de explotación y no ya las sociedades.

En justicia, no se puede tachar la decisión de Bagdad de precipitada. Hacía once años que venía reclamando la reconsideración de los acuerdos suscritos con la IPC, en particular un incremento de la producción, que lógicamente implicaba un incremento de ingresos para Iraq. Pero la IPC se cerró de banda. Cuando hizo propuestas para resolver el conflicto, era demasiado tarde. Había arraigado entre los miembros del Gobierno de Bagdad la impaciencia por aumentar unos ingresos que son vitales para que siga adelante un plan de desarrollo que permita al país no estar al garete al producirse el inevitable agotamiento de sus riquezas petrolíferas. No es preocupación propia de Iraq. Se da en todos los países productores y se refleja en la incesante actividad de la OPEP para arbitrar medidas destinadas a allegar fondos. Así, en la reunión que se celebró en Ginebra en el pasado enero, se abordó el tema de la participación de los países productores en la administración y los beneficios de las sociedades, y también el de una participación como accionistas. Argelia y Libia abogaron por un 51 por 100 de participación nacional. Países más moderados, entre ellos Irán, se daban por satisfechos con un 20 por 100. No se adoptaron resoluciones, aunque todo sugiere que no se ha desistido de aplicar en su día estas modalidades de acuerdos entre productores y sociedades. D momento, en la reunión que la OPEP ha celebrado en Beirut del 6 al 9 de junio se ha debatido ampliamente el problema de la comercialización del petróleo prescindiendo de las sociedades, lo que requiere un fondo común de 500 millones de dólares. Los árabes sólo disponen de 100 millones. Pero el mero hecho de hacer un recuento de disponibilidades evidencia que la idea de la nacionalización va ganando terreno, con la venia de la OPEP.

Por lo demás, el paso dado por Iraq no es lo más indicado para frenar lo que bien pudiera ser en su día una decisión generalizada, incluso si ha de surgir una nueva crisis como la que desembocó en la Conferencia de Teherán de 14 de febrero de 1971, cuyo saldo no fue una victoria de las sociedades occidentales ni tampoco un éxito rotundo de los países productores, dado el escaso margen de maniobra de las partes enfrentadas, ya que la primera no podía prescindir del petróleo del Pérsico y la segunda no podía recurrir a un «boicot» suicida para países sin grandes reservas. Se llegó, pues, a una solución de compromiso que no descartaba nuevas fases de la batalla. Ya a finales de febrero, Arabia Saudita, Iraq, Libia y Argelia, re-

unidas en Trípoli, sacaron a relucir la cuestión de las reinversiones de beneficios en los países productores. Lo que está claro es que, pese a la multiplicidad de iniciativas, los países ricos en petróleo no se distraen del objetivo común: sacarle el máximo provecho a la circunstancia de que su petróleo condiciona, y hasta determina, la vida industrial y económica de Europa. Dicho en otros términos, Europa, y a más largo plazo los Estados Unidos, están a merced del petróleo del Pérsico y el Mediterráneo.

En este orden de ideas, cabe preguntarse si la decisión iraquí no facilita a la URSS la cautelosa puesta en práctica de un proyecto que desde hace algún tiempo se le atribuye, relacionándolo con su infiltración en el Cercano Oriente: el de ir desviando los recursos petrolíferos del Pérsico, y eventualmente del Mediterráneo, para convertirse en distribuidora a escala mundial. La aportación económica y técnica de la URSS a Iraq tuvo como complemento la inauguración de las explotaciones de Rumalia por Kosyguin, la firma de un Tratado de amistad y cooperación y la promesa de la ayuda soviética para liberar las riquezas petroleras árabes. La promesa del dirigente soviético no cayó en saco roto. Acto seguido de la nacionalización, el ministro iraquí de Asuntos Exteriores voló a Moscú, posiblemente para asegurar un mercado a un petróleo que representa el 3 por 100 de la producción del globo. Que en adelante fluyera hacia los países del Pacto de Varsovia no sería insólito. No es menos significativo que los dirigentes soviéticos hayan urgido la ratificación del Tratado suscrito en Bagdad. Con ello se da respaldo jurídico a una operación comercial cuyo antecedente, en tono más discreto, fue la compra a finales de diciembre de petróleo libio de la *British Company*, haciendo caso omiso de la protesta de Gran Bretaña. De otra parte, la nacionalización por Siria del oleoducto que lleva el crudo iraquí al Mediterráneo, ello a pesar de la tirantez de relaciones entre Damasco y Bagdad, sugiere que productores y sus auxiliares están de acuerdo para realizar una maniobra que estiman ventajosa desde el punto de vista económico y hasta político, por cuanto puede estremecer el tinglado exterior en que se apoya Israel.

Lo inquietante es que esta batalla no se da exclusivamente entre países productores y sociedades; en ella se interfiere solapadamente la URSS, tercero en discordia, que calibra con exactitud lo que se está jugando. No se limita a corear la nacionalización. Al parecer, está moviendo los peones para controlar el petróleo del Cercano Oriente poco a poco, hasta convertirlo en instrumento de su política y medio de presión susceptible de para-

lizar la economía occidental. No sería la primera operación de estrategia indirecta realizada por la URSS con astuta inteligencia, sin prisas. Porque la URSS sabe que, glosando a Mackinder, puede decirse hoy en día: «Quien domine el petróleo, domina el mundo.»

EL ACUERDO DE SIMLA ENTRE INDIA Y PAKISTÁN

Derrotado el ejército pakistaní por las fuerzas unificadas indio-bengalíes y proclamado el nuevo Estado de Bangla Desh, los medios informativos empezaron a bajar el telón sobre una de las tragedias más atroces de la historia contemporánea. No por ello, sin embargo, quedaba resuelto el pleito que desde hace veinticinco años enfrenta a la India y Pakistán. Pero el previsible derrumbamiento del Pakistán Oriental, de cuyas ruinas ha surgido Bangla Desh, no sólo ha tenido como consecuencia un nuevo planteamiento estratégico-político en el Asia occidental, en razón del factor soviético, sino que ha dejado pendiente una serie de graves cuestiones que, de no resolverse, son generadoras de nuevos choques. De este peligro tomó rápidamente conciencia el presidente de Pakistán, Ali Bhutto, que, nombrado jefe de Estado el 20 de diciembre, en sustitución del general Yahia Jan, irrumpió en el poder dispuesto a no dejar títere con cabeza en lo interno, si bien cuidándose de no soplar sobre las mal apagadas brasas de la enemistad con la India. De ahí que, apenas acalladas las armas, el 30 de diciembre se declarase dispuesto a negociar con su vecina. Pese a la embriaguez que suele producir la victoria, Indira Gandhi se mantuvo serena y el día siguiente, como un eco, respondió que estaba a su vez dispuesta a entrevistarse con dirigentes pakistaníes, aunque aplazara el encuentro hasta que «las cosas se hayan calmado». Desacordes en cuanto al momento oportuno para iniciar conversaciones, el máximo dirigente pakistaní y la primer ministro india estaban de acuerdo para buscar una fórmula susceptible de establecer una paz duradera entre esos dos países subdesarrollados, que han venido dándose el lujo demencial de mantener fuerzas armadas que absorben el 20 por 100 del presupuesto de la India y el 60 por 100 del pakistaní, ello con vistas a destruirse antes de haberse construido.

Por consiguiente, el encuentro, iniciado en Simla el 28 de junio y prolongado hasta el 3 de julio, entre Indira Gandhi y Ali Bhutto distó mucho de ser una improvisación y no podía constituir una sorpresa después de las

conversaciones de finales de abril en Murree, entre representantes de ambos países. Tampoco puede decirse que se ha logrado sin que los dos dirigentes hayan tenido que sortear obstáculos internos, en particular Indira Ghandi. En efecto, pese a su victoria electoral del pasado marzo, ha de habérselas con una oposición empecinada en la anexión de los territorios recientemente ocupados y que no cesa de evocar, como vergonzosa claudicación frente a Pakistán, el Acuerdo de Tachkent de 1966, logrado por mediación de la Unión Soviética, que inició entonces su penetración en serio en el subcontinente. La espectacular firma, en agosto de 1971, del Tratado de paz, amistad y cooperación entre la India y la URSS no pasó de ser el remate de una paciente labor de implantación realizada al socaire de la permanente tensión indio-pakistaní, pero apuntando a China Popular. Esta trató de neutralizarla estrechando lazos con Pakistán, precisamente a través de Ali Bhutto, entonces ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno de Yahia Jan. A la hora de la verdad, que fue la del conflicto armado, se evidenció que Pekín había de dejar al garete a sus amigos pakistaníes, en tanto que la India sacaba el máximo provecho de su flamante Tratado con Moscú. Y como es de sagaces políticos no desdeñar el sol que más calienta, pese al viaje a Pekín del presidente Bhutto a finales de enero y a la firma en abril de un Acuerdo de cooperación técnica y económica con China Popular, se impone que el nuevo presidente pakistaní trata de arrimar su país al árbol soviético en busca de esa beneficiosa sombra que cobijó a la India. Tal se desprende del viaje que Ali Bhutto hizo a Moscú a mediados de marzo y en cuyo comunicado final se leía en filigrana el discurso que pronunciaría en Lahore el 19 de marzo y, en realidad, el estado de ánimos con que había de acudir a Simla, o sea, descartar el propósito de guerrear con su vecina y que el problema de Cachemira se resuelva mediante negociaciones bilaterales y sin intervención de las Naciones Unidas.

Como quiera que, por su parte, la India se enfrenta con muchos problemas que, además del subdesarrollo, son en particular un período crítico para su economía, la escasez de inversiones extranjeras, la ayuda a Bangla Desh y la necesidad de recuperarse de las pérdidas materiales sufridas durante las hostilidades, estaban abiertos los cimientos para acometer la obra de estabilización del inquieto subcontinente. De lograrse, se beneficiarán los Estados que lo comparten, y tanto como ellos la URSS, deseosa de que impere la coexistencia pacífica o *statu quo* en esa área, en la que, de surgir tensiones, China Popular metería baza de algún modo, haciendo peligrar lo

allí conseguido por Moscú sin riesgo directo. Por ello, la URSS estaba en Simla entre bastidores, moviendo a aveniencia y ayudando a reparar la vajilla rota.

Los territorios ocupados y los prisioneros de guerra son las piezas más importantes de esa vajilla, seguidas de los biharis de Bangla Desh, los bengalíes residentes en Pakistán y los «criminales de guerra». Sólo en la cuestión de los territorios ocupados—unos 6.500 kilómetros cuadrados por la India y 130 kilómetros cuadrados por Pakistán—no incide Bangla Desh, motivo por el cual Kosyguin estimó en marzo la conveniencia de negociaciones tripartitas. Han quedado en bipartitas, y la ausencia de Bangla Desh explica que la «cumbre» de Simla haya sido un poco el parto de los montes, por cuanto su único resultado realmente práctico es la devolución respectiva de los territorios ocupados, salvo los de Cachemira, más allá de la línea de alto el fuego de 1949, considerados «posiciones estratégicas», que la India retiene, a un tiempo que se hurta a la competencia de las Naciones Unidas este espinoso asunto. Las restantes cuestiones quedan pendientes. Lo más probable es que, tras algún forcejeo con Bangla Desh, la India devuelva los 93.000 prisioneros de guerra. El gesto tenderá a mitigar la amargura causada por la pérdida de parte del Cachemira pakistaní y la esperanza de que la India lo haga animará sin duda a la Asamblea Nacional a ratificar los acuerdos suscritos por Ali Bhutto. Por consiguiente, la mayor parte de las cuestiones quedan en compás de espera de ulteriores negociaciones. Dada su índole, habrán de ser tripartitas para arrojar resultados positivos.

En suma, «la solución final del problema» no parece estar a la vista. Entre tanto, la India tiene que mostrar cuán falsa es la leyenda negra que le atribuye el propósito de reconstruir el Imperio británico en Asia mediante el señuelo de una asociación regional.

LIUDPRANDO

112

113

114

115

116

117

118

119

120

121

122

123

124

125

126

127

128

129

130

131

132

133

134

135

136

137

138

139

140

141

142

143

144

145

146

147

148

149

150

151

152

153

154

155

156

157

158

159

160

161

162

163

164

165

166

167

168

169

170

171

172

173

174

175

176

177

178

179

180

181

182

183

184

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200

201

202

203

204

205

206

207

208

209

210

211

212

213

214

215

216

217

218

219

220

221

222

223

224

225

226

227

228

229

230

231

232

233

234

235

236

237

238

239

240

241

242

243

244

245

246

247

248

249

250

251

252

253

254

255

256

257

258

259

260

261

262

263

264

265

266

267

268

269

270

271

272

273

274

275

276

277

278

279

280

281

282

283

284

285

286

287

288

289

290

291

292

293

294

295

296

297

298

299

300

301

302

303

304

305

306

307

308

309

310

311

312

313

314

315

316

317

318

319

320

321

322

323

324

325

326

327

328

329

330

331

332

333

334

335

336

337

338

339

340

341

342

343

344

345

346

347

348

349

350

351

352

353

354

355

356

357

358

359

360

361

362

363

364

365

366

367

368

369

370

371

372

373

374

375

376

377

378

379

380

381

382

383

384

385

386

387

388

389

390

391

392

393

394

395

396

397

398

399

400

401

402

403

404

405

406

407

408

409

410

411

412

413

414

415

416

417

418

419

420

421

422

423

424

425

426

427

428

429

430

431

432

433

434

435

436

437

438

439

440

441

442

443

444

445

446

447

448

449

450

451

452

453

454

455

456

457

458

459

460

461

462

463

464

465

466

467

468

469

470

471

472

473

474

475

476

477

478

479

480

481

482

483

484

485

486

487

488

489

490

491

492

493

494

495

496

497

498

499

500

501

502

503

504

505

506

507

508

509

510

511

512

513

514

515

516

517

518

519

520

521

522

523

524

525

526

527

528

529

530

531

532

533

534

535

536

537

538

539

540

541

542

543

544

545

546

547

548

549

550

551

552

553

554

555

556

557

558

559

560

561

562

563

564

565

566

567

568

569

570

571

572

573

574

575

576

577

578

579

580

581

582

583

584

585

586

587

588

589

590

591

592

593

594

595

596

597

598

599

600

601

602

603

604

605

606

607

608

609

610

611

612

613

614

615

616

617

618

619

620

621

622

623

624

625

626

627

628

629

630

631

632

633

634

635

636

637

638

639

640

641

642

643

644

645

646

647

648

649

650

651

652

653

654

655

656

657

658

659

660

661

662

663

664

665

666

667

668

669

670

671

672

673

674

675

676

677

678

679

680

681

682

683

684

685

686

687

688

689

690

691

692

693

694

695

696

697

698

699

700

701

702

703

704

705

706

707

708

709

710

711

712

713

714

715

716

717

718

719

720

721

722

723

724

725

726

727

728

729

730

731

732

733

734

735

736

737

738

739

740

741

742

743

744

745

746

747

748

749

750

751

752

753

754

755

756

757

758

759

760

761

762

763

764

765

766

767

768

769

770

771

772

773

774

775

776

777

778

779

780

781

782

783

784

785

786

787

788

789

790

791

792

793

794

795

796

797

798

799

800

801

802

803

804

805

806

807

808

809

810

811

812

813

814

815

816

817

818

819

820

821

822

823

824

825

826

827

828

829

830

831

832

833

834

835

836

837

838

839

840

841

842

843

844

845

846

847

848

849

850

851

852

853

854

855

856

857

858

859

860

861

862

863

864

865

866

867

868

869

870

871

872

873

874

875

876

877

878

879

880

881

882

883

884

885

886

887

888

889

890

891

892

893

894

895

896

897

898

899

900

901

902

903

904

905

906

907

908

909

910

911

912

913

914

915

916

917

918

919

920

921

922

923

924

925

926

927

928

929

930

931

932

933

934

935

936

937

938

939

940

941

942

943

944

945

946

947

948

949

950

951

952

953

954

955

956

957

958

959

960

961

962

963

964

965

966

967

968

969

970

971

972

973

974

975

976

977

978

979

980

981

982

983

984

985

986

987

988

989

990

991

992

993

994

995

996

997

998

999

1000